

precipitadamente. Mira, la casita de Leal ya está completamente teñida de blanco y el tejado del palomar lo mismo. ¡Y qué lindas están! Parecen propiamente dos casitas de juguetes, ¿verdad?

—Sí, Pepe Luis, están muy caprichosas.

—¿Pues y los árboles? Aquellos que rodean el estanque están mucho más bellos que cuando están arropados de hojas... ¿No los divisas tú desde ahí?

Carmencita no contestó. Y Pepe Luis que no veía claramente la cara de su primita, por estar los cristales cubiertos de una ligera gasa, y creyendo estaría disgustada, penetró en la habitación.

—¿Te cansastes ya de ver la nieve?

—No—replicó Pepe Luis—Creí estarías enojada.

—¿Yo?...

—Sí, tú, primita adorada. Tú enfadada, tu mal estar ó tu disgusto está sellado en tu lindo rostro. Antes parecían tus mejillas dos ascuitas de fuego, y ahora aquel rojo colorido lo veo convertido en un amarillento muy pálido. ¡No lo niegues, Carmencita! Tú no estás poseída de la tranquilidad de antes. Ni como antes eres feliz. ¿Qué te ocurre? ¿Estás peor, te sientes malita! ¡No me ocultes nada!!

—No, tonto. Nada me ocurre. Sin duda, algún poquito de frío cogido al retirarme de la estufa... Nada temas, Pepe Luis...

—¿De veras, Carmencita?

—Puedes creerme si quieres...

—Sí, no es extraño hayas cogida frío... ¿Y por qué te retirastes de la estufa so tontina?

—Por eso, Pepe Luis, por ver la nieve; es tan hermoso ver nevar, ver el jardín nevado... Y aquí tiene, un poco de frío me ha puesto enferma. ¡Un poco de frío, Pepe Luis!!

Carmencita había hablado á su primo con una brutal ironía y Pepe Luis que lo había echado de ver, cambió de momento el color de su cara y sus negruzcos ojos, desmensuradamente abiertos, claváronse fijamente en los de Carmencita que sonreía desimuladamente viendo la transformación repentina que habíase internado en su primo.

—¡Carmencita! tú me engañas, tú no me quieres decir la verdad.—Pepe Luis alargó el brazo para llamar por medio del timbre, á su tío, el papá de la muchachita, adelantándose ella, que cogió del brazo á su primo y con exaltado temperamento le dijo:

—¿Qué vas á hacer, estúpido?

—Llamar á papá. Tu estás mala y quieres ocultarlo.

—No estoy mala, no. Es que mientras tú te sientes gozoso yo sufro, sufro profundamente viendo caer la nieve.

—¿Que sufres viendo nevar?—dijo Pepe Luis con cierta estupefacción.

—¡Sí, que sufro viendo nevar! ¿Te extraña?

—Y mucho. Es una afirmación incomprensible.

—¿Sí, verdad? Pues escucha, si quieres.

Carmencita ofreció asiento á Pepe Luis y empezaron á charlar.

III

—No me convences, Carmencita.

—Pero bueno. ¿Es que tú no ves nada triste, no te dice tu conciencia que debajo de esa inmensa capa blanca, que forma la nieve, hay oculto un dolor, una maldición, una mísera vida?

—Mi conciencia me habla de esta vida; me dice que esa nieve tan pura, que todo lo tiñe puede haber visitado nuestro mundo, para castigo de unos y felicidad de otros.

—Y tú, Pepe Luis, eres uno de los que felicidad respiran, de los que dicha encuentran con el frío de la nieve, ¿no es eso?

—Efectivamente. Tú lo has dicho.

—Pues yo soy de los «otros». Soy de los que padecen.

—No, no es cierto eso, Carmencita. Tú eres muy buena, eres muy santa para que el señor te castigue.

—Precisamente porque soy buena y santa, soy martir, Pepe Luis; por eso mismo.

Carmencita dejó escapar sus últimas palabras con manifiesto dolor.

—Luego yo...

—Tú serás bueno, pero no santo, ¡cuando ahora solo felicidad respiras!...

—Por Dios, criatura; eres una mujer enigmática.

—Para los que están ciegos de alma; para los que son claros de espíritu soy bien comprensible—Carmencita suspiró.

—Me ofendes, primita.

—He hablado una verdad. Mal hecho si te molestas. Y para que mejor me entiendas, hablaré del por qué sufro cuando veo nevar.

Sobre el manto purísimo de nieve que los campos cobija, ha forjado mi alma una caravana de harapientos mendigos, que por una sierra lejana caminan en busca de vida.

En esa caravana, fantástica si quieres, unas madres van destrozadas de pena, viendo que sus hijos queridos, el fruto de sus entrañas, van descalzos sobre la nieve, amoratados sus cuerpecitos por el frío, llorando los unos y casi desfallecidos los otros y no pueden dar con un mísero albergue que los resguarde.

Esa misma caravana de desgraciados, al azar, habrá encontrado un chozo derruido y en él habránse parado, pero como este albergue estará espléndidamente abierto á la inclemencia, la estancia en el mismo será cruel, sin una hoguera que con su fuego reanime aquellos cuerpos yertos. Lumbre tampoco será fácil hacer: los jarones, la retama, la encina y la cardoncha están empapadas en agua. No arden.